

## Un cuento para cada día

Siete cuentos para los siete días de la semana. Cuentos para ser leídos en voz alta por los padres, cuentos para gesticular, arrullar y dramatizar una lectura que se vuelve juego, porque los libros son, también, juguetes con ideas. El tlacuache lunático, el coyote pasteleiro, el gallo travieso y los demás personajes que habitan estas fábulas protagonizan una excelente oportunidad de iniciación literaria. Cuentos también para ser leídos en la intimidad del reposo... Niños que han aprendido a leer y se inician como lectores. Niños que han aprendido a leer para ensoñar de la mano de muy valientes ratoncitos, pichones que engañan zorros, gatos que pintan y festejan el grito de la

amistad. Niños que leen para sí mismos y para sus hermanos, niños que exploran así el arte narrativo.

Un libro con un cuento para cada día, que es decir un cuento para todas las semanas y para toda la vida.

EL TLACUACHE LUNÁTICO  
(Y OTROS CUENTOS)



Fraser

DOMINGO

## El tlacuache lunático

Éste era un tlacuache no muy feliz. Ser un tlacuache gordo o un tlacuache tonto no es ningún problema cuando vemos a los puercos o a las zonzas lagartijas tumbadas bajo el sol; pero ser tlacuache y ser chaparro...

Ése era el problema del tlacuache de este cuento. Su estatura de chilaquil hacía que lo saludaran siempre con un: “¡Hola, Tlacuachito!”. Nuestro amigo quería crecer, usar sombrero negro y que le dijeran:

“Buenos días, licenciado Tlacuache”.

Una tarde el tlacuache iba muy pensativo, pisando las hojas secas, cuando de pronto alzó

la vista. Al hacerlo sus ojitos se iluminaron como dos lentejuelas... Había descubierto a la luna, que parecía navegar como una barca en la mar de la noche.

Entonces el tlacuache pensó: “Si yo pudiera alcanzar la luna, sería un tlacuache importante”, y acto seguido se levantó sobre sus patitas traseras y, equilibrándose con la gruesa cola empezó a saltar; pero no, no pudo alcanzar la luna. Entonces dijo: “Lo que me hace falta es una silla”, así que encontró una, se subió en ella y comenzó a brincar nuevamente. Tampoco esta vez pudo, y pensó: “Lo que necesito es una escalera”, y cuando la halló, subió en ella y se estiró y dio un saltito..., pero ¡CUAS!, se cayó contra el piso.

Al levantarse, el pequeño tlacuache sacudió el polvo de su barriga y sobó una de sus rodillitas lastimadas. Fue cuando descubrió un árbol muy alto. “¡Eso es!”, se dijo, “hay que llegar hasta la punta de ese pino”; y el tlacuache trepó en el tronco, y trepó, y trepó hasta la última de sus ramas, desde donde dio un brinco más... ¡Y quedó colgado de uno de los cuernos de la luna!

Por fin lo había logrado.

Entonces el tlacuache enroscó la cola en el otro cuerno de la luna y se recostó en ella como si fuera una hamaca. ¡Ah, qué comodidad estar allá arriba descansando! Pero el tlacuache extendió una uñita y comenzó a rascar aquella superficie...

Una hora después el tlacuache regresó a casa. Al entrar, su mamá le dijo:

—Vaya, por fin llegas, Tlacuachito.

—Me podrías decir “don Tlacuache”, mamá. ¿No se me nota?

—¿No se te nota qué, hijo? —preguntó ella sonriendo.

—Que me subí a la luna —anunció el pequeño.

Doña Tlacuacha miró a su hijo con extrañeza.

—No, hijo. No se te nota —le respondió—: sólo los raspones en la rodilla.

—¡Ay, mamá! —dijo molesto el tlacuache—. ¿Es que nunca podré ser grande?

Doña Tlacuacha abrazó a su hijo y después lanzó un vistazo a través de la ventana.

En el parque, en ese momento, muchos enamorados también volteaban hacia el cielo, y al no encontrar la luna, suspiraban. Los perros también, en las azoteas, en vez de ladrar, suspiraban. Y las ranas en los estanques, en vez de croar, suspiraban.

—Qué raro —comentó doña Tlacuacha—, no veo la luna en el cielo.

—Claro que no, mamá —explicó su hijo—. Me la comí hace rato.

La madre del tlacuache lo miró sorprendida:

—¿Te la comiste? —preguntó.

—Sí, mamá, pero creo que me hizo daño —el tlacuache comenzó a sobarse la panza.

—¿Y, a qué sabía, hijo?

—Chistoso, mamá. Un poco a queso, un poco a dulce de coco... Pero, ¡ay, mi pancita!, me duele, mamá —comenzó a quejarse el pequeño.

Doña Tlacuacha, alarmada por la enfermedad de su hijo, lo cargó hasta el consultorio del doctor armadillo.

Para entonces, el tlacuache lloraba de dolor:

—¡Ay, ay, ay; mi pancita! ¡Me duele mucho!